

Hyam Maccoby, *Paul et l'invention du christianisme* (France: Lieu Commun, 1987).

No parece ser una verdad necesaria que para que pueda decirse de una reseña que es de carácter “filosófico” el libro reseñado tenga que ser un libro de filosofía convencional. Hay innumerables libros de artistas u hombres de ciencia que constituyen un material excelente para la reflexión filosófica: sus supuestos, los métodos empleados para establecer sus puntos de vista, las conclusiones a las que llegan, su coincidencia o divergencia con el sentido común o con nuestra perspectiva global del mundo, etc., pueden perfectamente bien ser objeto de estudio por parte de filósofos y las discusiones a las que den lugar pueden ser de un valor filosófico superior a las de muchas controversias entre filósofos profesionales. Tal es, en mi opinión, el caso del libro que ahora reseño. Se trata de un libro de historia (en un sentido amplio de la expresión) y, lo cual sería tal vez más apropiado, de crítica de la cultura, pues se ocupa ni más ni menos que de los fundamentos de la cultura occidental y de lo que el autor pretende que es su interpretación correcta. El libro de Hyam Maccoby, así me lo parece, es un libro de primerísima importancia, tanto por la temática y los puntos de vista en él vertidos como por sus posibles implicaciones en ámbitos que rebasan (con mucho) los dominios de la discusión inocua y meramente “teórica”. Todo lector de este libro se percatará de inmediato que en él no se hacen concesiones y sin duda alguna sentirá que fue escrito (como tal vez sucede con todos los buenos libros) con una gran pasión (cubriendo este término toda una variedad de sentimientos). El autor usa su inmensa erudición para pintarnos un cuadro tan diferente del usual de eso que se conoce como ‘cristianismo’ que, quien no disponga de muchos elementos históricos, teológicos y filosóficos correrá el riesgo de sentir que pierde su identidad cultural. Más aún: no es impensable que, si comprende las implicaciones de lo que Maccoby afirma, el lector del libro se sienta presa de una confusión inmensa y hasta de un cierto desasosiego. Este resultado trae aparejado, naturalmente, el del reforzamiento de otra cultura porque, digámoslo ya, el tremendo libro de Maccoby es un libro de guerra cultural y, hay que reconocerlo, viene apoyado por poderosos cañones intelectuales y cognitivos.

El libro de Maccoby es una reconstrucción de los orígenes del cristianismo y, en especial, de las vidas y obras de sus dos máximos “líderes”, esto es, Jesús y Pablo. Dicha reconstrucción es declaradamente opuesta a la que ha prevalecido a lo largo de los últimos 20 siglos y sobre la base de la cual, parcialmente al menos, el mundo occidental se fue desarrollando. La versión tradicional de la vida de Jesús de Nazaret, de sus principales seguidores (los apóstoles) y de su enseñanza (su “Buena Nueva”) es, en general y dejando de lado sutilezas o exégesis finas, lo suficientemente bien conocida como para tener que contarla de nuevo. Después de todo, somos parte de la civilización cristiana. Por consiguiente, la daré por supuesta y apelaré a ella sólo cuando ello sea indispensable para la confrontación con las audaces y provocativas posiciones defendidas por Maccoby. Antes de adentrarme en

esa fase de la reseña, empero, será conveniente hacer una exposición condensada del rico conjunto de tesis que Maccoby, con elocuencia incuestionable, nos regala. La historia que él nos cuenta, con la que quisiera remplazara a la oficial y de la que nos quiere convencer es, a grandes rasgos, la siguiente:

la reconstrucción de los orígenes del cristianismo no puede efectuarse tomando como base a los *Evangelios*, por la sencilla razón de que éstos fueron escritos después de las *Epístolas*. La verdad es que, contrariamente a lo que se cree, su autor, esto es, Pablo, no era ni siquiera, como él mismo lo afirma, judío (de hecho su nombre no era 'Saulo' sino, probablemente, 'Solón'), así como tampoco era un "rabino fariseo, sino un aventurero de origen incierto. Estaba al servicio de los saduceos, ejerciendo funciones de policía bajo la autoridad del Gran Sacerdote, antes de su conversión a la fe en Jesús. No poseía un conocimiento profundo de la enseñanza de los fariseos. Deliberadamente alteró su biografía, a fin de acrecentar la eficacia de su actividad misionera" (pp. 28-9). Se sabe que en la Palestina ocupada por los romanos podían distinguirse, entre la población hebrea, dos grandes grupos o tendencias: los colaboracionistas, esto es, los saduceos, encabezados por el Gran Sacerdote, y los fariseos, quienes "lejos de ser ritualistas, constituían uno de los grupos más creativos de la historia de la humanidad"(sic) (p. 36). En contraposición con el clero establecido, cuya autoridad se fundaba en el hecho de ser el transmisor oficial de la Ley escrita, los fariseos se declaraban partidarios de una Ley oral, a la que consideraban, inclusive, anterior y superior a la escrita. Con base en ella, los fariseos se permitían efectuar interpretaciones (*i.e.*, lecturas no literales) de diversos textos bíblicos. En todo caso, ellos se caracterizaban por su clemencia, su piedad, su aceptación de las divergencias e inclusive, según nos cuenta Maccoby, de la crítica. Su reino de acción era fundamentalmente el de la teología, pero de hecho cubría también aspectos de la vida legal. Tal vez podría inclusive trazarse algún paralelo entre los fariseos y los protestantes y ver en los primeros a los protestantes del judaísmo. En todo caso, uno de los efectos de la tergiversación sistemática de los hechos y que tuvo como resultado la concepción que heredamos es justamente que 'fariseo' vino a significar 'hipócrita', 'beato', 'metalizado', etc. Maccoby no duda en extraer su conclusión, a saber, que es en el *Nuevo Testamento* en donde se encuentran las raíces del antisemitismo. "Los evangelios afirman también que Jesús los atacó con virulencia, tratándolos de hipócritas y de opresores. Esta imagen negativa contribuyó a hacer de la palabra 'fariseo' un sinónimo de hipócrita en la conciencia occidental y los vicios que se les atribuía – orgullo, mezquindad, autoritarismo despótico e intolerancia – estén en el origen del estereotipo antisemita que se les imputó a los judíos en general" (p. 35). Difícilmente podrían tomarse acusaciones como esta a la ligera.

Ahora bien, dejando momentáneamente de lado estas desastrosas consecuencias, lo que según Maccoby decididamente está mal en la narración tradicional imperante es que ésta desvirtúa por completo los hechos. Sencillamente,

Jesús no pudo haber atacado o criticado a los fariseos, porque él mismo era un fariseo. Jesús era, fundamentalmente, un patriota y se declaraba “Mesías”, que en la tradición judía quiere decir ‘ungido’. Es por eso que se decía descendiente de David, pues pensaba que su función era liberar Palestina, pero no por medio de las armas sino con la ayuda de Dios. Esa es la razón por la que fue procesado (como lo atestigua, además, la inscripción en la cruz, INRI, que como todos sabemos no significa otra cosa que ‘Jesús de Nazaret Rey de los Judíos’). Por no tratarse su rebelión de una herejía, quien lo juzgó y condenó no fueron sus correligionarios nacionales sino sus paisanos colaboracionistas. Los fariseos ni siquiera habrían asistido al proceso de Jesús, puesto que éste fue de carácter político, no teológico (p. 59). Con su muerte, lo que habría fracasado habría sido su misión.

En lo que habría sido su movimiento de liberación nacional, Jesús habría conformado un círculo de seguidores que fue lo que, después de que la interpretación de su vida, obra y muerte por parte de Pablo se extendiera y se popularizara, vino a ser conocido como la ‘Iglesia de Jerusalem’. El apelativo, no obstante, es no sólo equívoco, sino un auténtico contrasentido. Jesús y sus discípulos eran judíos profesos, circuncisos y fervientes seguidores de la *Torah*. De hecho, ninguna de las “reformas” propuestas por Jesús, salvo en casos superficiales o menores (*e.g.*, la salvación de la vida de una persona durante el Sabbath) no es ni particularmente original ni choca con las creencias de los fariseos. Había, sin embargo, extremistas dentro de su grupo, como Esteban, paradójicamente considerado por la Iglesia como el primer mártir. De que Esteban fue asesinado no cabe duda, pero las causas del crimen no son las oficiales: Esteban era un partidario de Jesús el libertador y no tenía ni idea del Jesucristo inventado por Pablo. Lo que es casi seguro, por otra parte, es que, en tanto que agente de la policía opresora, Pablo habría participado en su asesinato, si no directamente por lo menos sí azuzando a la chusma fanática para que lo lapidaran.

Entramos ahora en la parte más fantástica de la narración de Maccoby: su versión de la vida y obra de San(?) Pablo. Fundándose en una lectura minuciosa de todos los textos del *Nuevo Testamento* y de documentos o recientemente encontrados o considerados heréticos por la Iglesia (como pasa con los textos de los Ebionitas), Maccoby argumenta con gran fuerza que ni siquiera el estilo literario de Pablo coincide con el de la tradición judaica pura. Pablo escribía en griego y conocía mal el hebreo. Según los Ebionitas era un gentil de conversión reciente al judaísmo. Su aportación a la historia consiste precisamente en haber elaborado una gran síntesis con elementos de muy diverso origen. Él transformó a Jesús, rey crucificado de los judíos (no Dios encarnado), en una divinidad sacrificada, lo cual es propio de las religiones de misterio, y sólo en comunión con la cual (eucaristía) la salvación es posible. De los gnósticos asimiló su dualismo “Bien *versus* Mal”, asegurando la victoria final del Bien – imposible de alcanzar por medios meramente humanos – mediante el sacrificio divino. De la tradición judía adoptó “su panorama histórico,

desde los orígenes de la creación hasta el fin de los tiempos, lo cual le valió además (al judaísmo. ATB) buena parte de la admiración que le tuvieron algunos en la Antigüedad (p. 283). De acuerdo con Maccoby, el judaísmo era importante para Pablo porque “la historia judía ofrecía una dirección, un plan superior” (p. 283). La conclusión general es todo menos desdeñable: el cristianismo no es sino un mito inventado y echado a rodar (a todas luces, en opinión de Maccoby, para hacer el mal) por Pablo, el esbirro del Gran Sacerdote a quien, además, traicionara durante lo que sin duda fue el momento más extraordinario de su carrera: su camino de Damasco.

No cabe duda de que la expedición de un judío a Damasco, ciudad controlada entonces por los turcos, de modo natural suscita innumerables dudas e interrogantes y la pregunta que de inmediato nos viene a las mientes es: ¿para qué habría querido desplazarse Pablo de Jerusalem a Damasco? La investigación de Maccoby lo lleva al siguiente, increíble resultado: fue en tanto que agente de confianza del Gran Sacerdote (cuya autoridad se limitaba, en el mejor de los casos, a Judea), es decir, en calidad de agente secreto, que a Pablo se le encomendó la crucial misión de ir en forma clandestina a Damasco para raptar y traer a Jerusalem a algunos (los últimos quizá) agitadores nazarenos que se ocultaban en aquella ciudad. Su “conversión” en el camino hacia Damasco equivale, por lo tanto, a una cínica traición al Gran Sacerdote, por lo cual su sucesor habría de hacérselo pagar caro, sometiéndolo a proceso varios años después. Independientemente de ello, habría sido durante su periodo de meditación en el desierto que Pablo habría articulado su doctrina, esto es, lo que habría de convertirse en la religión y una de las plataformas culturales del mundo occidental.

La reconstrucción por parte de Maccoby de la vida de Pablo, realizada con base en una magistral selección de párrafos de textos y ayudado por una imaginación desbordante, le permite dar cuenta de manera muy original de los hechos conocidos de la vida del “apóstol de los gentiles”, si bien (como era de esperarse) de un modo nada favorable a éste. La idea de Maccoby es que la interpretación tradicional y con la cual hemos crecido sencillamente no permite elucidar múltiples pasajes de la vida de Pablo, los cuales entonces resultan o incomprensibles o, en el mejor de los casos, altamente sorprendentes. De acuerdo con la exégesis de Maccoby, por ejemplo, Pablo tuvo, desde el inicio de su trato con los seguidores de Jesús, conflictos con Pedro, por la sencilla razón de que éste (al igual que los demás nazarenos) no lo comprendían ni veían el interés o la necesidad de desviarse del judaísmo, al que siempre habían pertenecido y por el que siempre habían luchado. Por una serie de trucos y tejes-maneges (véase especialmente el capítulo XIII, “La Ruptura”), Pablo habría obtenido la anuencia de la “Iglesia de Jerusalem” para hacer proselitismo en las colonias judías dispersas en el Mediterráneo, oportunidad que habría aprovechado para más bien predicar **su** doctrina, es decir, la doctrina de Cristo crucificado y resucitado, de la comunión con

Dios a través de su sangre y cuerpo simbólicos, de la salvación a través de la divinidad sacrificada, de la abolición de la *Torah*, etc. Al ser llamado para rendir cuentas por las acusaciones que en su contra habían elevado numerosos nazarenos, Pablo se habría presentado ante el Sanhedrin (Consejo de Ancianos) en Jerusalem, exponiendo con ello su vida y saliendo airoso de la prueba únicamente gracias al uso fraudulento de las colectas que había realizado en nombre y en favor de la causa nazarena e, *in extremis*, por su declaración de que era ciudadano romano.

Este es el recuento histórico de Maccoby, apoyado en una multitud de textos (*e.g.*, los escritos de Seudo-Clemente y el manuscrito árabe descubierto por Shilomo Pérez). Pero igualmente apasionante, o más aún, es su presentación de los grandes temas del “mito” paulino, entre otras razones por el contraste tan fuerte que marca con el pensamiento fariseo, cuya “superioridad moral” los nazarenos mismos reconocían. Según Maccoby, el recurso a las parábolas, la regla de oro, etc., es decir, la supuesta enseñanza de Jesús, de hecho no aporta prácticamente nada nuevo frente a lo que los fariseos ya predicaban y por lo cual eran “profundamente respetados” por la población hebrea, el Gran Sacerdote incluido. Muy interesante en particular es el análisis del “anti-feminismo” de Pablo el cual, en opinión de Maccoby, choca abiertamente con el espíritu democrático, benevolente e imparcial de los fariseos. No deja, pues, de ser sorprendente el que, después de 293 páginas de implacable requisitorio, Maccoby concluya diciendo que “El personaje de Pablo es más colorido que el que traza de él la piedad cristiana; su vida real pertenece más al registro de la novela picaresca – hablando con reverencia – que al de una existencia edificante de santo. Pero, a partir del torbellino de influencias religiosas que se agitaban en su mente, creó una síntesis llena de imaginación destinada a convertirse, para bien o para mal, en el fundamento de la cultura occidental” (p. 294).

Una vez presentado en sus grandes lineamientos el contenido del libro de Maccoby, lo primero que quisiera hacer es exponer mi punto de vista general respecto al libro. Creo que la tesis central, expresada de un modo ligeramente más neutral, *viz.*, que Pablo contribuyó poderosamente a la gestación de lo que se conoce como “cristianismo”, me parece perfectamente correcta si bien, estrictamente hablando, un tanto trivial y desde luego sin las implicaciones que Maccoby le atribuye. Debería quedar claro de una vez por todas que las religiones no se rebaten apuntando a sus orígenes. Tal vez no se haya hecho con el judaísmo la misma labor que Maccoby efectúa con el cristianismo, pero de seguro que una faena así es posible (a menos de que se piense realmente que Jehová le dictó las leyes a Moisés, etc. Por mi parte, considero desde luego que esta hipótesis ha de ser descartada), aunque (si no me equivoco) algo así fue precisamente lo que hizo Freud en su extraordinario libro *Moisés y el Monoteísmo*; pero entonces: ¿habría que inferir que el judaísmo es un “mero mito”, un invento de un ambicioso egipcio que pretendía perpetuarse como el representante de Dios en la Tierra, etc., etc.? Me parece que no. Infero que, aún cuando la tesis más importante de Maccoby es acertada, su modo de

desarrollarla y el uso que le quiere son inaceptables. En ese sentido, el libro de Maccoby, aunque espléndidamente escrito y conteniendo una posición clara y bien argumentada, es un libro fallido. Intentaré hacer ver por qué pienso esto que afirmo.

Antes de cualquier otra cosa, preguntémosnos: ¿qué es lo que está en juego en este caso, es decir, qué pasaría si en efecto Maccoby tuviera plenamente razón? Podría tal vez argumentarse que, si así fuera, tarde o temprano se generaría una cierta confusión o caos general, pues se comprendería que nuestra cultura, *i.e.*, la cultura occidental, descansa en una gran mentira o, por lo menos, en profundos y graves malentendidos; que en realidad dicha cultura es un contra-sentido y que no contiene un sistema coherente de valores, aspiraciones, supuestos, etc. El lote, es, pues, a primera vista, considerable. Ahora bien ¿estaríamos dispuestos a aceptar las implicaciones de la reconstrucción de Maccoby?

Siendo el libro de Maccoby tan incisivo y tan polémico, es natural que hallemos en él una infinidad de afirmaciones que nos parecerán cuestionables y es obvio que, dada la magnitud del tema, no podremos decir aquí todo lo que quisiéramos decir. Será imprescindible, por lo tanto, restringir considerablemente el número de objeciones y críticas. Básicamente, abordaré cuestiones de orden metodológico, histórico, doctrinal y axiológico.

Desde el punto de vista del modo de procesar la información hay mucho que criticar en el libro de Maccoby. *Grosso modo*, el carácter falaz en su forma general de razonar puede ser descrito como sigue: hay una selección perversa de datos, el autor se permite un sinnúmero de hipótesis gratuitas y sin fundamento, abundan las descripciones tendenciosas y se usan supuestos o principios explicativos inaceptables. Ilustraré rápidamente cada una de estas clases de deficiencia y después pasaré a las objeciones de carácter histórico.

No es la primera vez que los *Evangelios in toto* son puestos en entredicho (véase, por ejemplo, el estupendo estudio de Karl Kautsky *Orígenes y Fundamentos del Cristianismo*), pero lo que sí llama la atención es que cada vez que puede extraer de ellos elementos que “confirman” sus tesis Maccoby los da por buenos! Y nótese, en segundo lugar, que frente a los *Evangelios*, que en este libro son prácticamente considerados como meros cuentos de hadas, lo que se opone son “detalles”, en gran medida extraídos de ellos mismos! El conflicto entre Jesús y los fariseos, según el autor, es un invento del periodo en el que “la Iglesia cristiana entró en conflicto con los fariseos” (p. 49). No obstante, se nos asegura, los autores de esos textos tuvieron algunos “descuidos”, de modo que los textos “en su versión definitiva contienen numerosos detalles (...) que atestiguan que Jesús era un fariseo y que no hubo nunca discordia entre él y los miembros de esa corriente” (p. 49). Pero ¿cómo podrían esos “detalles” bastar para echar por tierra el recuento en su totalidad? Debería recurrirse aquí a un argumento típicamente fariseo (véase más abajo): si las historias contadas

en los *Evangelios* son falsas, *a fortiori* habrá que considerar así todo lo que apoye la tesis de Maccoby sobre las relaciones entre Jesús y los fariseos. Pero no es así como el autor procede, puesto que él abiertamente se sirve de los que encajan en su reconstrucción. Esto no parece ser particularmente coherente. De ahí que, en concordancia con este método de exégesis de los *Evangelios*, uno de los principios fundamentales del modo de trabajar de Maccoby sea: “cuando nos topamos con un pasaje que va en contra de la narración, podemos con certeza pensar que se trata de un fragmento de la auténtica historia que escapó a la vigilancia del censor”! (p. 54). Esto no sólo supone que hubo censores, cosa que Maccoby da por supuesto pero que nunca prueba sino que, con un principio así en mano, se tiene el camino libre para ofrecer la lectura que se desee de los textos que se considere: si el texto no conviene, apelamos a “detalles” que lo echen por tierra y si sí conviene, entonces tranquilamente se le acepta y se apela a descuidos de supuestos censores. Difícilmente podríamos hallar formas más cómodas de reconstruir el pasado!

Para reforzar su concepción, Maccoby se permite construir hipótesis *ad hoc* que en ocasiones resultan altamente sorprendentes. Así, por ejemplo, al examinar el capítulo XXVI de los *Hechos* y en el cual Pablo confirma o repite que **era** judío, el comentario de Maccoby es: “Ciertamente no se trata de palabras auténticas que Pablo le dirigió al rey Agrippa, sino más bien de un discurso retórico, redactado por Lucas, el autor de los *Hechos*, a la manera de los historiadores de la Antigüedad” (p. 22). En qué se basa Maccoby para hacer semejante afirmación es algo cuya razón ni el lector más minucioso encontrará en el libro. Y como esa hay muchas afirmaciones de importancia no desdeñable pero a las que no apoyan ni datos ni argumentos.

Otra característica negativa, meramente “formal”, del texto de Maccoby, es su descripción tendenciosa y viciosa de diversos eventos y situaciones. Por ejemplo, al reconstruir la ceremonia de la Eucaristía durante la Última Cena, en lugar de decir que se comparte una copa de vino (el cual simboliza la sangre de quien se supone que es el redentor de la humanidad), Maccoby prefiere expresarse de este modo: “una acción de gracias es pronunciada por encima de una copa de vino, la cual circula entre los convidados al final de la acción de gracias para que en ella mojen sus labios” (p. 165). A todas luces, el efecto que el busca promover es el de describir una ceremonia repugnante. Ese ciertamente no es un modo neutral de escribir y es en el fondo una marcada falta de respeto por los ritos de una religión particular. Lo más importante, empero, es que, para lograr su objetivo, el autor tiene que renunciar a aprehender lo que es esencial en la ceremonia que describe, es decir, el simbolismo involucrado y su impacto psicológico y vivencial. Mojar los labios puede ser el acto físico, pero lo importante de la ceremonia es su simbolismo, del cual Maccoby se desentiende por completo.

Por último, quisiera señalar que el argumento, que el autor orgullosamente califica de ‘fariseo’ (*kal vahomer*), es claramente inválido y quizá sea por eso que no

se recurre a él en la cultura occidental. En español, la partícula que en un argumento así establece la conexión entre premisas y conclusión no es ‘por lo tanto’, sino ‘con mayor razón’. Un ejemplo de Maccoby es: si no se debe manejar después de haber bebido cerveza, con mayor razón no se deberá manejar después de haber bebido whisky. Esto es para él una forma válida de razonamiento y típica de los fariseos. Desafortunadamente para él, se pueden producir contra-ejemplos para esta forma de razonar. Por ejemplo, no sería correcto afirmar que porque los miembros de un equipo de fútbol son, considerados individualmente, los mejores jugadores, con mayor razón entonces el equipo que conforman es el mejor. Por ello, en mi opinión, también el argumento teológico de Maccoby es inválido: según él, es correcto afirmar que si ofender a un padre merece 7 días de castigo, con mayor razón ofender a Dios también amerita ese castigo. Pero lo que está sugerido por el ‘con mayor razón’ es que la ofensa contra Dios amerita un castigo infinitamente mayor y el problema está en que es imposible (eso puede cambiar según los casos) especificar la proporción. Pero lo que no es aceptable es que el castigo sea el mismo para dos acciones que están siendo implícitamente evaluadas como teniendo importancia o valor desigual. Ahora bien, si esto es correcto, entonces Maccoby no tiene bases para distinguir usos correctos de usos incorrectos de su forma supuestamente válida de inferencia, por lo que su tesis de que los usos de dicha forma de argumentación que encontramos en la obra de Pablo no son de origen fariseo de hecho es benéfica para su objeto de aversión. Por otra parte, cabe advertir que reclamar como propio de tal o cual secta, país, nación, etc., una forma especial de razonamiento (como si fuera de su propiedad esa parte de la lógica o del lenguaje natural) resulta extraño o francamente sin sentido. Con igual derecho podríamos hablar de razonamientos vikingos, argumentos escoceses, inferencias latinas, falacias australianas, etc. Ello parece abiertamente absurdo y esta conclusión se extiende para lo que Maccoby desea sostener.

Paso ahora a enunciar algunas de mis objeciones de carácter histórico. Para empezar, creo que podemos afirmar *a priori* que si nuestra metodología es defectuosa, lo más probable es que la visión a la que nos lleve en relación con cualquier asunto quedará distorsionada. Esto es lo que sucede con la reconstrucción histórica de Maccoby. En primer lugar, los personajes centrales (Jesús, Pablo, los fariseos y el Gran Sacerdote) están evidentemente deformados. De seguro que la “elaboración” de una religión, en cierto sentido tan bien articulada y exitosa como el catolicismo, no es algo fácil ni dable a cualquiera. Luego es difícil comprender cómo un mero aventurero, un facineroso, un mercenario, un vulgar policía, podría haber articulado uno de los mitos más potentes y ricos en contenido que registra la historia. Después de todo, no se revoluciona el mundo tan fácilmente. No obstante, Maccoby no le concede **ningún** valor a la creación de Pablo. Por otra parte, aunque el libro de Maccoby esté pletórico de detalles y sutilezas, en ocasiones se le olvida explicar cosas elementales y lógicamente esenciales para su narración. Según Maccoby, Jesús se declaraba “Mesías”, en el sentido de “ungido”, y aspirante

legítimo al trono de Israel. La pregunta inmediata es: ¿con base en qué se decía él descendiente de David? ¿Bastaba acaso que a alguien se le ocurriera o tuviera ganas de hacerlo para que de inmediato otros lo siguieran? ¿Por qué ninguno de los opositores abiertos de la ocupación hizo lo mismo? Las respuestas a estas preguntas son sin duda interesantes en sí mismas, pero lo importante para nosotros es más bien lo siguiente: el que no haya una respuesta clara a esta pregunta (ya otras similares), sugiere con fuerza que, después de todo, Jesús no consideraba su misión con un mero asunto político. Y el hecho es que Maccoby no dice absolutamente nada al respecto.

Realmente, no se entiende bien el papel que Maccoby le hace jugar al Gran Sacerdote. Puede ser verdad que, dado que no existía propiamente hablando un gobierno nacional, el clero judío fungiera como el aparato estatal, una de cuyas funciones era negociar y tratar con las fuerzas de ocupación, esto es, con los romanos. En circunstancias así siempre harán su aparición arribistas y oportunistas de toda clase, pero nosotros no tenemos razones para pensar que el Gran Sacerdote era uno de ellos ni, menos aún, para pensar que era un traidor al judaísmo. De hecho, la hipótesis no tiene sentido, como no la tiene la tesis de que el Gran Sacerdote, por una parte, “era un personaje que desplegaba una pompa fastuosa presidiendo el ceremonial magnífico en el Templo y, por la otra, un notable sin ningún poder” (p. 46). Esta descripción es simplemente increíble. Es, pues, una exageración inaceptable la afirmación de que, en materia de teología, el Gran Sacerdote era incompetente (p. 91 y otras). Lo sensato es más bien pensar que eran el Templo y quienes en él oficiaban los depositarios oficiales de las tradiciones judías, los representantes de la continuidad histórica y cultural del pueblo hebreo (todo esto, obviamente, antes de la destrucción del Templo). Ahora bien, para que alguien pueda asumir la representación oficial, en este caso religiosa, de un pueblo, es preciso tomar al pie de la letra ciertos textos básicos (*e.g.*, una constitución, un libro sagrado). Sólo después podrán aparecer sectas disidentes que se permitan “interpretar” lo recibido en la tradición. Por ello y *pace* Maccoby, la posición saducea era, a final de cuentas, razonable y comprensible. Se ve entonces que es el fariseísmo lo que no habría sido posible sin el saduceísmo, no al revés, como él piensa. No se le puede conceder, por lo tanto, al fariseísmo el valor, la originalidad, etc., que Maccoby a toda costa desea que se le confiera. Estas y otras deformaciones, que chocan con fuerza con el conocimiento establecido (*e.g.*, de la historia de Israel) emergen, me parece, por un error de enfoque, propio de muchos historiadores, *viz.*, el de tender a ofrecer reconstrucciones de procesos históricos de tipo “conspiracional”. En el fondo, la tesis central de Maccoby es, dicho en dos palabras, la siguiente: el cristianismo es un invento de Pablo y es el resultado de un proyecto estrictamente privado. Nadie pretende negar que las conspiraciones en ocasiones (o a menudo) tienen éxito, sólo que son de otras dimensiones y en otros contextos. De una conspiración no surge una civilización. Este defecto del tratamiento de Maccoby se explica, en gran medida, por el descuido total por parte suya de las condiciones

reales (materiales) en las que se inscribían los hechos de los que él se ocupa. El problema para él es que si se hiciera intervenir en la explicación dichas condiciones, entonces su concepción no podría ya resultar convincente. Esto me lleva a la clase de objeciones que llamé ‘doctrinales’.

Es notable que un escritor tan agudo y perspicaz como Maccoby deje escapar, en su examen del cristianismo, lo que es esencial a él. De acuerdo con Maccoby, no hay nada original en la enseñanza de Jesús. Yo debo decir que en este punto difiero totalmente de lo que el autor afirma. Fariseísmo y cristianismo (inclusive en el sentido más estrecho de jesusismo) son dos cosas diferentes. Por lo pronto, está ausente en el primero el elemento de universalidad propio y característico del segundo. En verdad, la supresión de la oposición “judío *versus* gentil” es una de las razones que hacen del cristianismo, independientemente de quien lo haya inventado, un producto aceptable en principio por toda la humanidad, cosa que, por más buena voluntad que se tenga, es imposible de hacer con el fariseísmo. Ciertamente no es absurdo pensar que, dada la rigidez de pensamiento que, diga lo que diga Maccoby, era propia de los fariseos y de algunas otras prominentes sectas, el “jesusismo” haya sido visto por muchos judíos como una liberación frente a grupos o corrientes religiosas que promovían modos de vida excesivamente estrictos (y cuya justificación no era siempre fácil de percibir). La supuesta “controversia” entre Pablo y los dirigentes del movimiento nazareno es, en parte, francamente bizantina (cómo se debe comer carne) y desde luego que no concierne a “imperativos morales fundamentales” (p. 205), en relación con los cuales se había llegado a un acuerdo (la enseñanza de Jesús, independientemente de si era Cristo o no). Hacer girar en torno a cuestiones tan baladíes el núcleo del “jesusismo” da la impresión de ser más que otra cosa una deliberada trivialización del tema. Podríamos inclusive reconocer que los componentes mitológicos del cristianismo son de origen paulino, pero vale la pena notar que esos componentes encajan bien con lo que se supone que es la moral de Jesús y, curiosamente, no encajan con la farisea. Que el cristianismo requirió de mucho tiempo para quedar plenamente conformado es algo hasta trivial: ninguna religión nace ya hecha (ni la judía, la cual requirió de varios siglos para quedar conformada tal como se le conoce en la actualidad). Sostener que el punto de partida de hecho no se encuentra en Jesús es otra cosa muy diferente. Se trata de cuestiones lógicamente independientes y confieso que aunque Maccoby argumenta con vehemencia, no logro ver que él establezca sólidamente su punto de vista.

No estará de más apuntar que, aunque las tesis de Maccoby están bien desarrolladas, la idea central, esto es, que hay que separar lo que podríamos llamar ‘jesusismo’ del ‘pablismo’ (o, si se prefiere, el cristianismo del catolicismo) no es tan original y ciertamente no es de él. La encontramos, por ejemplo, en Nietzsche. Éste distingue claramente los roles histórico-religiosos de Jesús y de Pablo. Así, en la sección XXXV de su *Anticristo* afirma: “Y el mensajero murió de la misma manera como había vivido, como había enseñado; no para *salvar a los hombres* sino

para mostrar cómo se debe vivir. Lo que dejó a los hombres fue la *práctica*". Al hablar de Pablo, en cambio, dice lo siguiente: "Hacer del cristianismo una fórmula que superase a los cultos subterráneos de todas clases como los de Osiris, de la Gran Madre, de Mitra; por ejemplo, una fórmula que los resumiera; en esta penetración consistió el genio de San Pablo. Su instinto era tan certero que, despóticamente, sin contemplación alguna hacia la verdad, puso en boca de aquel Salvador que había inventado las representaciones de que se valían para fascinar aquellas religiones de chandalas y no sólo las puso en su boca, sino que hizo de su Salvador algo así como un sacerdote de Mitra; él también sabía comprender... Tal fue su camino de Damasco" (sec. LVIII). O sea que no es exagerado afirmar que lo que hace Maccoby es retomar una idea de Nietzsche y desarrollarla en concordancia con sus propios intereses. La diferencia entre ellos es que el primero enfatiza que lo esencial del pensamiento de Jesús no es una escatología ni una metempsicosis, sino una moral y un modo de vida, pero reconoce que dicho modo de vida era novedoso y lógicamente independiente de los intereses y objetivos que se le podrían achacar a Pablo. Maccoby ni siquiera considera la posibilidad de que el pensamiento de un hombre evolucione, que es lo que pudo haber pasado con San Pablo. Por eso Nietzsche, a diferencia de Maccoby, reconoce que con Jesús se construye una plataforma básica, una nueva tabla de valores, una cierta concepción nueva del hombre sobre la base de la cual el "mito" de Pablo se volvió posible. Pero entonces no podría negarse que están "teóricamente" vinculados. Es obvio que muchas cosas estaban solamente implícitas (tarde o temprano, la noción de Hijo del Hombre, aunada a la regla de oro, suprime la distinción "gentil-judío", puesto que todos somos hijos de Dios. En la nueva religión, Dios no jerarquiza a sus "hijos". Esto un fariseo no lo habría aceptado). Alguien tenía que hacerlas explícitas o desarrollarlas y, hasta donde se pudiera, "fundamentarlas". Ese alguien fue Pablo. ¿Se sigue que la enseñanza de Jesús no tiene nada que ver con la de Pablo? No lo creo ni creo que Maccoby lo haya demostrado.

Finalmente, quisiera muy brevemente decir unas cuantas palabras respecto a los valores y supuestos axiológicos manejados por el autor. La seguridad con la que el autor se expresa respecto a la "superioridad espiritual del judaísmo" y la insinuación de que éste podría operar como el guía espiritual de todas las naciones me parece una fantasía un tanto pueril y grosera. No dudo que haya quien la acepte, pero difícilmente podría esperarse que pasara lo mismo con el resto de la humanidad! Es también imposible no detectar, a través de su lenguaje, el menosprecio y el desdén que Maccoby siente por todas las religiones a las que en diversos momentos alude (gnosticismo, religiones de misterio, catolicismo, Islam, etc.). Frente a sus descripciones y comentarios abiertamente prejuiciados y tendenciosos, resalta la descripción (propia de un hombre que quiere tanto convencer como convencerse a sí mismo a toda costa) del judaísmo como realmente el *non plus ultra* en materia religiosa. No discuto la posición en tanto que asunto puramente personal del autor: él tiene derecho a evaluar las cosas como mejor

encaje con su concepción del mundo, de la vida y del ser humano, pero en tanto que pronunciamiento de posiciones objetivamente establecidas resulta totalmente carente de justificación y completamente errado. El problema es que es precisamente **esta** actitud lo que le imprime al libro su peculiar sabor y lo que hace que, una y otra vez, el objeto de estudio, *i.e.*, Pablo, sea criticado sin piedad (el autor no le reconoce **un** mérito, una cualidad, un logro) por no haber captado las “sutilezas del pensar rabínico”. Al lector neutral, empero, le parece que quien es incapaz de apreciar la magnitud y la profundidad de la síntesis de Pablo es justamente Maccoby. Todo esto nos hace plantear una pregunta fundamental. Asumamos que todo lo que Maccoby relata sucedió como él lo cuenta y que aceptamos totalmente su versión de los hechos. ¿Qué con eso? ¿Nos volveremos todos anti-católicos y “temerosos de Dios”? ¿Nos inclinaremos automáticamente ante la superioridad religiosa de los adoradores de la *Torah*? ¿Perderá súbitamente valor la música religiosa, la escultura gótica, las canciones de gesta, la labor de las misiones, la espiritualidad occidental, tal como ahora la conocemos? Es obvio que no, inclusive si se nos demostrara (cosa que Maccoby ciertamente no logra) que en sus fundamentos lo que hay son mentiras e incomprensiones. A mi modo de ver, el libro de Maccoby es más bien un síntoma, un reto intelectual, una manifestación cultural de **esta** época. Y es mi opinión que una de las razones por las que no podrá, como sin duda aspira a hacerlo, contribuir a reorientar el mundo en la dirección que el autor desea es sencillamente porque éste no se ha mostrado capaz de señalar un mito o de articularlo que exalte los sentimientos y combine poesía, moral e imaginación como el forjado por aquel visionario que pasó a la historia como San Pablo, cuya grandeza y perspicacia nunca reconoce y a quien con tan injustificado menosprecio trata en el libro que le dedica.